

LLORENTE, Juan Antonio, *Retrato político de los papas*. Edición con estudio preliminar de Gérard Dufour. Instituto de Estudios Riojanos (IER), Logroño, 2025, 358 pp.

VICENTE LEÓN NAVARRO

Antonio Márquez iniciaba la edición de la *Noticia biográfica*. (*Autobiografía*) de Juan Antonio Llorente en 1982 con unas palabras del hispanista francés Robert Marrast escritas en 1975: “Encerrado por Menéndez Pelayo en el ghetto de sus *Heterodoxos*, Llorente espera aun paradójicamente que un investigador sin prejuicios le consagre una obra serena”.

Suggerentes y retadoras palabras de Marrast con las que venía a denunciar el ensañamiento con que don Marcelino atizaba a Llorente vertiendo descalificaciones sobre su persona y su obra, más fruto de la pasión del ideólogo que de la ecuanimidad del historiador. De ahí el deseo de Marrast de que algún investigador se ocupase de dar a la luz una obra serena y sin prejuicios de este personaje nacido en Rincón de Soto en 1756. Es posible, solo posible, que pensase también en la *Noticia biográfica* que el propio Llorente escribiera en 1816 en el exilio parisino como justificación de su trayectoria política y religiosa. Su autobiografía, como todas, hay que leerla con precaución tanto por lo que dice como por lo que silencia, pero de eso se encargará el investigador con documentos en la mano.

Y, efectivamente, otro hispanista francés, Gérard Dufour, acometería la empresa de consagrar a Llorente la obra serena, tan alejada de la alabanza como de la descalificación. Una primera obra ecuaníme centrada en la etapa de Llorente en Francia (*Juan Antonio Llorente en France.1813-1822*), terminada como tesis doctoral en 1979 y publicada en 1983. No sería el único investigador en centrarse en la figura y obra de Llorente, pero sí el que más trabajos le ha dedicado desde aquellos años del doctorado. No significa que se haya dedicado en exclusiva a este personaje, el profesor Dufour ha profundizado en diversas materias en el marco de la Ilustración y del Liberalismo y en las relaciones hispanofrancesas. Temas como la prensa, la Inquisición, la Iglesia, el papel de los eclesiásticos en sus diversas funciones, la Guerra de la Independencia, las relaciones hispanofrancesas o personajes significativos como Goya, Olavide, Riego, José I, el propio Llorente, etc., etc., han constituido el objetivo de sus numerosos trabajos, libros, congresos y conferencias y el motivo de su reconocimiento internacional.

La figura de Juan Antonio Llorente resulta atractiva por su amplio *cur-sus honorum* y su trayectoria en la que cosechó amigos y se granjeó furibundos enemigos, al igual que otros muchos clérigos que vivieron situaciones similares durante la segunda mitad del siglo XVIII y el primer tercio del XIX. Unos más y otros menos, pero la mayoría partió de una educación tradicional, ultramontana en palabras de Llorente, que fueron superando en contacto con las nuevas corrientes de pensamiento que se difundían por Es-

paña. Don Juan Antonio reconocía la influencia de Goudin en sus estudios, al igual que Villanueva describía a los seminaristas de Orihuela alimentados por la leche de Goudin y Billuart. Era lo habitual en los planes de estudio de la época. No obstante, y a pesar de todo, la mayoría tuvo una educación adecuada, gozó de apoyos reales, nobiliarios, eclesiásticos, etc., alcanzó cargos importantes en el cénit del siglo XVIII y albores del XIX y transitó de posiciones tradicionales a otras ilustradas (Ilustración católica) e incluso liberales (Liberalismo católico para unos y cristiano para otros). Lo propio de una época de crisis política, social, religiosa y espiritual que a no pocos arrastró a una crisis de conciencia. Y en ese mundo se desarrolló Llorente como otros que, compartiendo ideas reformistas, regalistas, episcopalistas o rigoristas, la llamada “sana doctrina”, acabaron en campos políticamente opuestos por mor de la Guerra de la Independencia y sus consecuencias.

En el *cursus honorum* de Llorente, el profesor Dufour se centra, en esta ocasión en el *Retrato político de los papas* escrito en 1816 en París. Cabe preguntarse porqué en París. En 2014 el profesor Dufour publicó *Juan Antonio Llorente. El factótum del Rey intruso*. Este libro aclara la duda. Llorente fue un hombre inteligente, trabajador y ambicioso. Medró en su carrera eclesiástica y siempre le se arrimó al árbol que mejor podía cobijarle ofreciendo a sus mecenas lo que podía interesarles y ser necesario en sus negocios. Se hacía notar con la ambición de poder mitrar algún día. Pues bien, el Motín de Aranjuez o golpe de Estado del príncipe Fernando en abril de 1808 cambió de repente la vida de los españoles y precipitó la caída de Godoy, las renunciadas de Bayona y la invasión de Napoleón. Llorente que se encontraba en Madrid vivió en primera persona el desarrollo de los hechos y vio cómo su anterior árbol protector, Godoy, era derribado por el nuevo protagonista, Fernando, que a su vez estaba controlado por Murat y dominado por Napoleón. Entonces Llorente percibió la nueva luz, el camino y la estabilidad que ofrecía el vencedor frente a la aparente “anarquía” de la vieja monarquía borbónica. Se arrimó al nuevo árbol protector y no dudó en jugar sus cartas presentándose ante Murat y haciéndose necesario en la Asamblea de Bayona. Ganó con el apoyo de Francisco Amorós y llegó a consejero de Estado de José I, al que acompañó en todos sus desplazamientos, le sirvió bien y fue uno de los mejores propagandistas de la causa napoleónica. Y con él huyó a Francia en 1813 cuando su proyecto parecía perdido.

Por su vinculación con los franceses se le tachó de afrancesado, como a tantos y tantos que creyeron encontrar en la dinastía bonapartista la regeneración de España. Los patriotas españoles, fueran absolutistas o liberales, miraron mal a los afrancesados y especialmente a los josefinos. Y por más reformistas que estos fueran, Amorós, Azanza, Cabarrús, Mazarredo, Urquijo, etc., quedaron marcados con el sambenito de traidores. De ahí que cuando Riego restableció la Constitución del 12, los afrancesados exiliados en Francia no fueran invitados al banquete liberal. Fue el caso de Llorente, que solo volvió cuando el gobierno ultraconservador francés le obligó a abandonar Francia en diciembre de 1822, muriendo dos escasos meses después, febrero de 1823, como mártir del liberalismo. También es cierto que

en septiembre de 1820 Llorente se convertía en padre de una niña, y esta circunstancia le mantuvo atado a París.

Fue en París donde don Juan Antonio escribió dos obras importantes. Una, *Histoire critique de l'Inquisition d'Espagne* que alcanzó reconocimiento internacional y fue traducida a varios idiomas, entre ellos al español en 1820. Sus conocimientos de la materia como secretario del Tribunal del Santo Oficio de Corte y los procesos que pudo conseguir en su etapa de consejero de Estado de José I le facilitaron la tarea. Ya en 1793 el inquisidor general Manuel Abad y Lasierra le encargó un plan que contemplase la idoneidad de los calificadores y el modo de procesar. En su ánimo, como en el de tantos ilustrados, estaba la exigencia de reformar, ya que no de abolir aún, el Santo Tribunal. Entre ellos el todopoderoso Godoy, pero la necesidad de la reforma no iba acompañada nunca de la conveniencia política. La otra obra sería *Portrait politique des papes*, redactado en 1816 y publicado en Francia en 1822.

Esta es la obra que presenta ahora el profesor Dufour. Su publicación en Francia en 1822 levantó algunas suspicacias entre las autoridades ultraconservadoras, temerosas del contagio liberal español, y ordenaron a don Juan Antonio abandonar París. El exiliado español en Francia volvía a su patria contra su voluntad, no obstante haber expiado su afrancesamiento con la obra que le hacía merecedor de ser parte del redil liberal. El *Retrato político de los papas* se publicó en España en 1823, ya muerto su autor, en un tiempo en que los Cien Mil Hijos de San Luis intervenían en España para devolver el trono absolutista a Fernando VII. En los pocos meses entre la publicación y la vuelta del rey la obra tuvo una buena difusión.

Si bien la publicación fue interesante, la edición presentaba deficiencias por falta de una revisión adecuada y de la corrección de errores del propio manuscrito que su autor no pudo llevar a cabo. Todo parece indicar que la iniciativa del sobrino de Llorente no buscaba el valor estético ni el interés histórico sino más bien una necesidad comercial.

Llorente, a quien Menéndez Pelayo señalaba como un protestante de los pies a la cabeza, solo pretendía hacer un retrato político de los papas. Lo difícil en estos casos es poder separar lo político de lo religioso, porque los papas representaban ambas facetas. Además, un Llorente con vocación de historiador, como apunta Dufour, buscaba la verdad, pero una verdad, nos parece, atada a los criterios religiosos y subjetivos en algunos casos. Observaba sí con objetividad que entre los papas los había habido buenos y santos, menos buenos, malos e incluso muy malos, así que con estos mimbres resultaba complicado hacer creer que en su elección podía haber intervención alguna del Espíritu Santo. Papas, escribía, “que bajo la apariencia de celo han abrasado el mundo siendo muchos millones los hombres muertos por su influjo en todas partes del orden”. En la larga lista de papas Llorente iba desgranando virtudes y vicios y puestos en una balanza predominaba sus vicios: pontífices cismáticos, lujuriosos, hedonistas, sodomitas, concubinarios, enemigos del bien público, simoníacos, amigos de la espada

antes que de las llaves de san Pedro, nepotistas, y hasta ateos. Basta mirar al buen Sixto IV que podría pasar por un aguerrido defensor de la pureza de la fe fundando para tan hermoso fin la Inquisición española que tan de cerca tocaba a Llorente. Pues no, al buen Sixto IV no le guiaba un celo tan noble, sino el dinero que supondría la institución para las arcas de la corte romana. Una corte y una ciudad minada de burdeles por voluntad del buen Sixto. Por ello, cuando se señalaban los ingresos de los clérigos se contabilizaban también las putas del burdel: “Sempronio tiene un curato de veinte escudos de oro, un priorato de cuarenta y tres putas de burdel” (p. 296).

¿Se trata de una obra desacralizadora con el fin de bajar de su pedestal divino a los papas? Llorente fue hijo de su tiempo, un clérigo que conoció el camino de Damasco allá por 1783 viendo la luz de la Ilustración, que le permitía beber en las corrientes ideológicas y culturales europeas. Un tiempo en que canonistas y teólogos reivindicaban una Iglesia primitiva, el papel de los presbíteros, de los obispos y de las iglesias nacionales (concilios de Toledo), y de los concilios frente al poder absoluto de los papas. Para Llorente la Iglesia primitiva estaría representada en los primeros doce papas, luego la corte de Roma se degradaría convirtiéndose en una corte lujosa, también lujuriosa, y apartada de su misión apostólica y evangélica. Esta degradación alentaría la ambición y abuso de poder, las herejías, los crímenes, los cismas y hasta los antipapas.

La obra de por sí erudita fue criticada especialmente por parte de la prensa ultramontana, por los errores advertidos en su texto y por la falta de criterio histórico más crítico, caso de la papisa Juana, rumores no verificados o infamias que pasaron con el tiempo a la consideración de certeza. No es la culpa del autor, que bebía de otras fuentes que transmitían esos errores. A pesar de ello, en palabras de Llorente, siempre le guio la verdad sin inventar nada. No quiere decir que no tuviera sus preferencias y pintase con más primor a unos que a otros, como constatamos en la nómina de papas del siglo XVIII y las luchas habidas en este siglo entre jansenistas y jesuitas, entre predestinación y libre arbitrio, y entre poder real y papal, esto es, la posición de las cortes borbónicas frente a la Curia romana desmandada en sus ambiciones temporales.

El profesor Dufour analiza en la figura de Juan Antonio Llorente en la España de la Ilustración y del Liberalismo, los grandes cambios políticos, religiosos y sociales que tuvieron lugar y de los cuales fueron protagonistas personajes como Llorente, Villanueva, Cortés, Bernabéu, Sedeño y tantos otros. Todos vivieron y sufrieron sus contradicciones ante un mundo cada vez más diverso y cambiante. Llorente, como hombre de orden, abrazó la causa francesa en 1808 por convicción o por interés, y fue víctima del orden que las autoridades francesas instauraron en febrero de 1820 ante el miedo a la revolución liberal que vivía España.